

CAPÍTULO XXI

Apeles se propone quitar los fueros a los aqueos. -Elogio de Filipo. -Situación y pueblos principales de Trifilia. -Escalada de la ciudad de Alífera. -Conquistas del rey en Trifilia.

Se encontraba entre los tutores que Antígono había dejado al niño Filipo, un tal Apeles, que a la sazón (año -219) merecía la principal confianza del rey. Éste, para reducir a los aqueos a la misma condición en que se hallaban los tesalios, se propuso realizar un acción detestable. Los tesalios, aunque parecía se gobernaban por sus fueros, y eran de muy diversa condición que los macedonios, en la realidad no se diferenciaban de éstos, y todos se hallaban igualmente sujetos a las órdenes de los oficiales reales. A este fin dirigió todos sus pasos Apeles, y para esto empezó a tentar la paciencia de los aqueos que militaban en el ejército, ya

permitiendo a los macedonios que los arrojasen de los alojamientos que con anticipación habían ocupado y les robasen el botín, ya permitiendo a sus ministros les castigasen por los más fútiles pretextos. Si alguno de ellos se condolía o quería defender al castigado, él mismo le llevaba a la cárcel. Se hallaba persuadido de que de esta forma los iría acostumbrando insensiblemente a que no se detuviesen ante nada de cuanto el rey dispusiese. Esto era tanto más de extrañar, cuanto que poco tiempo antes él mismo, militando con Antígono, los había visto resueltos a pasar por todo, por no obedecer las órdenes de Cleómenes. Al cabo algunos jóvenes aqueos acudieron a Arato de mano armada, y le dieron cuenta del propósito de Apeles. Arato se dirigió a Filipo, presumiendo que sin dilación pondría remedio al mal en los inicios. Efectivamente, informado el rey en este coloquio de lo ocurrido, exhortó a los jóvenes aqueos a vivir confiados de que no les volvería a suceder en adelante semejante cosa; y previno a Apeles que no ordenase nada a los aqueos sin consultar con su pretor.

De esta forma Filipo, afable con los que seguían sus banderas, activo y resuelto en las operaciones militares, se ganó los corazones no sólo de sus soldados sino de todo el Peloponeso. No es fácil hallar un príncipe dotado por la naturaleza de mayores disposiciones para extender sus Estados. La agudeza de entendimiento, la memoria, la gracia, la presencia real, la majestad, y sobre todo la actividad y el espíritu marcial eran otras tantas prendas que en él sobresalían. Pero como desaparecieron todas estas bellas cualidades, y de un rey benigno se transformó en un cruel tirano, esto no es fácil de explicar en breves razones. Otra ocasión más oportuna que la presente se ofrecerá, donde inquirir e investigar esta transformación.

Filipo desde Olimpia trasladó el campo hacia Farea, llegó a Telfusa y desde allí a Herea, donde, vendido el botín, hizo reparar el puente del río Alfeo, con el fin de hacer por allí una irrupción en la Trifilia. Por entonces mismo Dorímaco, pretor de los etolios, a instancia de los eleos, cuyos campos eran talados, envió en su socorro seiscientos etolios, bajo la conducción de Filidas. Éste así que llegó a Elea, tomó quinientos extranjeros que allí había, mil ciudadanos y un trozo de tarentinos, y marchó al socorro de la Trifilia, provincia que obtuvo este nombre de Trifilo, muchacho de la Arcadia. Está situado este país en el Peloponeso sobre las costas del mar, entre los eleos y mesenios, mira al mar de África, y confina con la Acaya hacia el ocaso del invierno. Las ciudades que contienen son: Sámico, Lepreo, Hipana, Tipanea, Pirgo, Epión, Bólax, Estilangio y Frixia. A todas estas ciudades, de que poco tiempo antes se habían apoderado los eleos, habían agregado ahora a Alífera, perteneciente antes a Arcadia y a Megalópolis, que Liliadas el megalopolitano, durante el tiempo de su tiranía, había sacrificado a cambio de ciertos intereses personales. Filidas, pues, destacados los eleos a Lepreo y los extranjeros a Alífera, él con sus etolios observaba en Tipanea los movimientos del rey.

Filipo, desembarazado del bagaje, cruzó el puente del río Alfeo, que baña la ciudad de Herea, y llegó a Alífera. Yace esta ciudad sobre una eminencia escarpada por todas partes, que tiene más de diez estadios de subida. Sobre la cumbre misma de toda esta montaña se halla situada la ciudadela y una estatua de bronce de Minerva, de extraordinaria belleza y magnitud. La causa de esta oblación, quién costeó su estructura, de dónde vino o por quién fue consagrada no se

saben de cierto, y aun los mismos naturales lo ignoran. Pero todos están de acuerdo en que es una pieza maestra del arte y una de las imágenes más magníficas y exquisitas que salió de las manos de Hecatodoro y Sóstrato. El rey, así que vio un día claro y sereno, distribuyó al amanecer en muchos lugares a los que llevaban las escalas, e hizo marchar por delante a los mercenarios para sostenerlos. A espaldas de cada uno de estos cuerpos situó en trozos los macedonios, y ordenó a todos que al salir el sol subiesen la montaña. Los macedonios ejecutaron la orden con una prontitud y valor espantoso. Los sitiados acudieron en tropel a aquellos puestos a donde principalmente veían que se aproximaba el enemigo. A este tiempo ya el rey mismo, con la tropa más escogida, había subido ocultamente por unos precipicios al arrabal de la ciudadela. Dada la señal, todos fijaron las escalas e intentaron asaltar la ciudad. El rey fue el primero que se apoderó del arrabal, que halló indefenso, y le prendió fuego. A la vista de esto, los que defendían los muros, pronosticando su suerte, y temiendo quedar sin recurso una vez tomada la ciudadela, resolvieron abandonar las murallas y refugiarse en ella. Realizado esto, los macedonios ocuparon al momento los muros y la ciudad. Poco después los de la ciudadela enviaron diputados a Filipo, y pactaron entregársela, salvando sus vidas.

Esta conquista aterró a todos los trifilios, y les hizo consultar sobre sus personas y patrias. Al mismo tiempo Filidas desamparó a Tipanea y se retiró a Lepreo, saqueando de paso algunos de sus aliados. Tal fue la recompensa que éstos tuvieron de los etolios: ser no sólo abandonados a las claras en las circunstancias más urgentes, sino, saqueados y vendidos, sufrir de sus compañeros igual trato que pudieran esperar de un enemigo victorioso. Los tipaneatas entregaron la ciudad a Filipo. Hispana siguió el mismo ejemplo; y los fialenses, al escuchar lo que había pasado en la Trifilia, disgustados con la alianza de los etolios, se apoderaron de mano armada de la casa donde se reunían los polemarcos. Los piratas etolios que vivían en Fiale, para estar a tiro de saquear Mesenia, al principio pensaron invadir y sorprender la ciudad; pero viendo a todos los habitantes unidos para defenderla, desistieron del empeño y bajo un salvoconducto tomaron sus bagajes y salieron de la plaza. Después los fialenses enviaron diputados a Filipo, y le entregaron su patria y personas.